

LA VIDA ES UN RELATO CORTO

Abrí los ojos en una mañana de invierno. Soleada y apacible, donde la noche antes caía agua del cielo con sosiego y serenidad.

Los gorriones cantaban con fuerza, las gotas de agua caían de las canales y a mi olfato venía un olor a pan tostado recién hecho.

Escuché una voz, ese era mi abuelo, mi despertador de cada mañana.

Conversación, confianza, bondad pero sobre todo mucho amor. Eso es lo que se apreciaba en la mesa cada mañana. La motivación era inmensa para empezar un día repleto de felicidad y de tranquilidad en la mente.

La noche regresaba. La fragancia a madera requemada y a castaña asada eran participes de la caída del sol, que se ponía por las siluetas del olivar, en un horizonte único.

Las chispas de la candela y la luz del fuego me vieron cerrar los ojos en el hombro de mi abuelo.

Volví abrir los ojos, desperté temprano. El sol aún no había salido. El sonido de la cigarra delataba que el peso del calor iba azotar el día.

La voz de mi abuelo reapareció...

Los días pasaban sin piedad; una estación tras otra, cada una con su esencia.

Con alegría recibí un teléfono móvil.

Las conversaciones iban a menos. Subía al dormitorio rápidamente en busca del juego y para manipular el teléfono. Era muy probable que estuviese socializando con otras personas, pero cada vez me socializaba menos con quienes estaban a mi lado.

Los días pasaban sin piedad; una estación tras otra, cada vez con menos esencia...

Una mañana, como otra cualquiera, me despertó un ruido. Era la alarma del móvil. De inmediato me di cuenta de que la voz que sonaba a diario, no volví a escucharla nunca más.

Por un instante lloré por la eternidad, pero ya era tarde.

La vida es un relato corto...